

## Editorial

La existencia de un derecho obsoleto o de una crisis del derecho parece un fenómeno cultural demasiado importante para abordarlo en una breve nota editorial; pero nos induce a hacerlo la necesidad de tomar partido dentro del conjunto de opiniones ya esgrimidas y de precisar, con la delicadeza que el tema lo requiere, nuestra interpretación del problema.

Digamos inicialmente que la afirmación sobre la obsolescencia o crisis del derecho, a fuer de referida a lo témporo-espacial, reviste carácter eminentemente relativo. Hasta ahora no hemos encontrado una opinión —salvo las que no vale la pena considerar— que pretenda que el Derecho, como práctica política y como ciencia, deba ser reemplazado en la tarea de regular la conducta humana individual y colectiva. Por eso afirmamos que se habla de derecho obsoleto —preferimos decir caduco— en función del que rige en una realidad nacional o continental determinada, circunscrito, por tanto, en un marco histórico.

No obstante, este anacronismo del derecho pareciera adquirir caracteres generales respecto de aquel conjunto de preceptos de superior jerarquía que el Profesor Jorge Millas llama “normas monogénicas”, es decir, aquellas leyes que establecen el método según el cual deben generarse las normas de inferior jerarquía para ser válidas. Pero en este aspecto, la crisis jurídica es, además, político-institucional. Se verifica una falta de adecuación del proceso de elaboración de la norma a los requerimientos del rápido desarrollo socio-económico característico de nuestra época. El sistema se revela incapaz de interpretar y de facilitar ese desarrollo y socialización.

Desde otro punto de vista, el derecho contemporáneo nos parece obsoleto en la misma medida en que pierde importancia y actualidad el Derecho Privado —claramente codificado, interpretado y conocido— frente a un Derecho Público que, aunque irrumpe avasallador en el ámbito nacional e internacional, llamado a regir situaciones generales o colectivas, se presenta aún anárquico, insuficiente —y lo que es más grave— habitualmente en contradicción con la idea del Derecho que encarna y sostiene el Poder del Estado actual. Este hecho es causa, a

su vez, de que la enseñanza del Derecho —y por ende, el ejercicio del mismo por los profesionales— aparezca también en crisis, hondamente sentida en lo moral y material. Se completa, así, una especie de círculo vicioso, dentro del cual, perdida la noción de lo esencial, resulta fácil que lo contingente y formal arrastre al examinador a la conclusión de que el Derecho no sirve ya más.

Es cierto que el “fetichismo” legal y la general vacuidad de la democracia representativa, en la misma medida en que satisfacían un régimen de relaciones a la usanza liberal, resultan insuficientes y hostiles para la vehemencia de los técnicos contemporáneos. Pero esta forma de análisis no autoriza para sostener que el Derecho, como sistema, pueda considerarse en crisis o anticuada la clase de regulación o mandato que la norma jurídica involucra. Las causas y efectos de estas desarmonías parciales y temporales son cada vez más conocidas y puestas de relieve en conferencias, foros y mesas redondas nacionales e internacionales que, preocupadas por la obsolescencia del Derecho buscan en él mismo la solución. Estamos convencidos de que un Derecho puede llegar a tornarse caduco únicamente en la medida en que los sectores que detentan el Poder, sean lo suficientemente fuerte y herméticos como para pretender conservar su posición. Pero para una sociedad moderna, con amplitud de comunicaciones, en que esté garantizada la libre y soberana dirección del Estado, la obsolescencia del Derecho no podrá consistir sino en una crisis temporal, que, desde que se manifieste, llevará en sí la potencia de su superación.